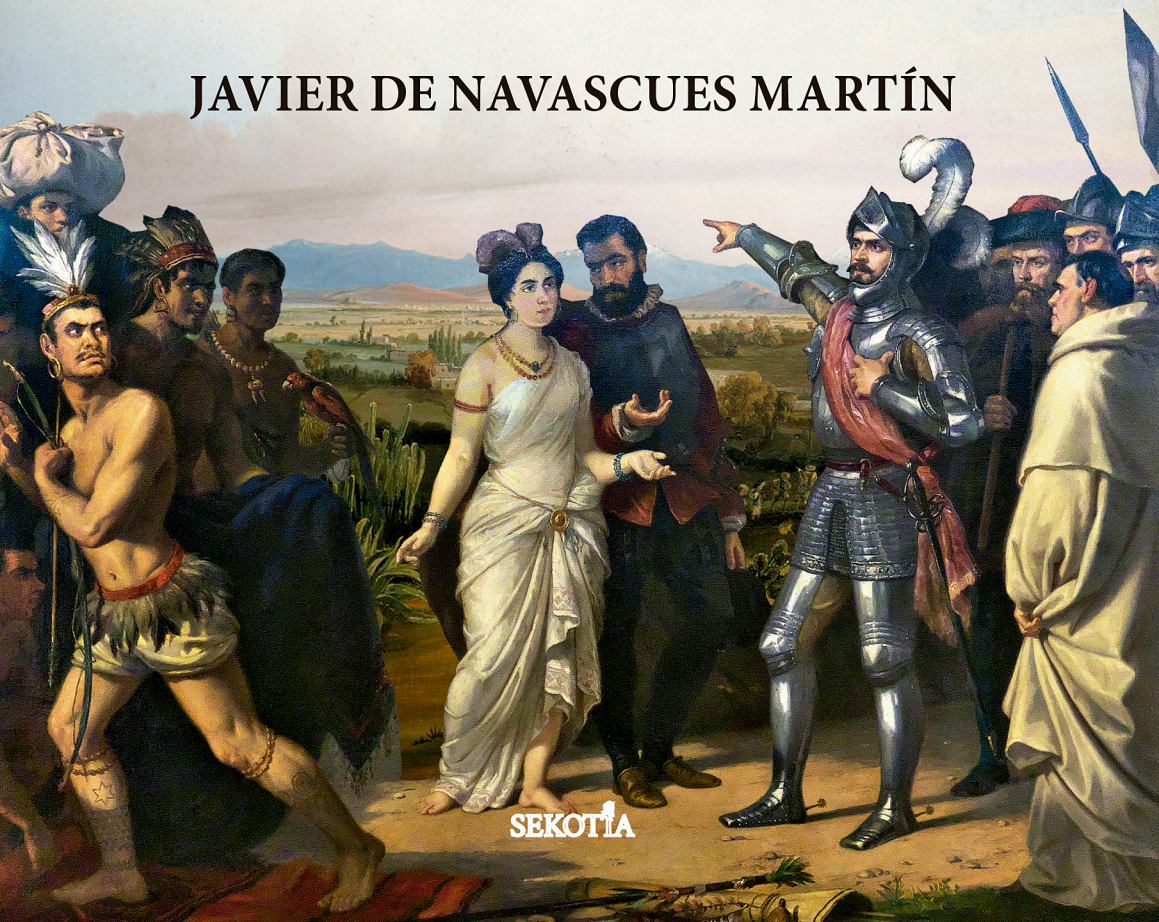


La América española es el proyecto más increíble realizado entre hombres, razas, intereses políticos y religiosos que se haya conocido jamás en la historia.

AVENTUREROS *del* NUEVO MUNDO

HÉROES Y VILLANOS
QUE FORJARON LA
AMÉRICA HISPÁNICA

JAVIER DE NAVASCUES MARTÍN



SEKOTIA

JAVIER DE NAVASCUÉS

Aventureros del Nuevo Mundo

*Héroes y villanos que forjaron
la América hispánica*

SEKOTIA

© JAVIER DE NAVASCUÉS, 2023
© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2023

Primera edición: julio de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA
Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN
Maquetación: R. JOAQUÍN JIMÉNEZ R.

www.sekotia.com
pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Editorial Sekotia
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-18414-63-3
Depósito legal: CO-989-2023
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*Para Marina, desde siempre.
Para Coloma, desde ahora.*

Índice

PRÓLOGO.....	11
I. FUNDACIONES Y FRONTERAS (S. XVI)	17
MARÍA DE ESTRADA (1486-1548) E INÉS SUÁREZ (1507-1580), CONQUISTADORAS Y ENCOMENDERAS.....	22
BERNARDINO DE SAHAGÚN (¿1499?-1590), PIONERO	28
JUAN DIEGO (1474-1548), VIDENTE	37
FRANCISCO DE TOLEDO (1515-1582), VIRREY	45
PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA (¿1530?-1592), VISIONARIO	56
ALONSO DE SOTOMAYOR (1546-1610), MILITAR DE CAPA Y ESPADA.....	68
BAYAMO (¿?-¿1556?), REY DE LOS CIMARRONES	76
FELIPE GUAMÁN POMA DE AYALA (¿1526? ¿1534? ¿1545?-1620 APROX.), HISTORIADOR VISUAL	82
ANTONIO RUIZ DE MONTOYA (1585-1652), MISIONERO	90
JUAN DE OÑATE (1550-1626) Y GASPAR DE VILLAGRÁ (1555-1620), CONQUISTADORES CRIOLLOS	98
II. FLANDES INDIANO (SIGLOS XVI-XVIII)	109
LAUTARO (¿1534?-1557), GUERRERO Y MITO	112
ALONSO DE ERCILLA (1533-1594), POETA ÉPICO	118
LORENZO BERNAL (1516-1595), EL CID DE LOS ANDES.....	126
FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN (C. 1609-1680), CAUTIVO FELIZ.....	134
III. AVENTUREROS EXCÉNTRICOS (SIGLO XVII)	143
DIEGO DE OCAÑA (C. 1570-1608), VIAJERO ENTRETENIDO	144
CATALINA DE ERAUSO (1592-1650), LA MONJA ALFÉREZ.....	152
THOMAS GAGE (¿1602?-1656), DELATOR Y CHOCOLATERO	157
PEDRO CHAMIJO (¿1602?-1667), EL PÍCARO QUE PUDO SER REY	164
MARTÍN DEL BARCO CENTENERA (1535-1602), INVENTOR DE LA ARGENTINA	169

IV. LA CIUDAD LETRADA (SIGLO XVII).....	175
EL INCA GARCILASO DE LA VEGA (1539-1615), PRIMER ESCRITOR DE AMÉRICA	177
JUAN DE PALAFOX (1600-1659), APÓSTOL CONTRA LA CORRUPCIÓN....	189
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (¿1648? ¿1651?-1695), LA DÉCIMA MUSA.....	201
MIGUEL CABRERA (1695-1768), PINTOR DE CASTA	215
V. ILUSTRADOS Y REBELDES (SIGLO XVIII).....	227
BLAS DE LEZO (1689-1741), HÉROE RESUCITADO.....	231
JORGE JUAN (1713-1773) Y ANTONIO DE ULLOA (1716-1795), LOS CABALLEROS DEL PUNTO FIJO.....	241
TUPAC AMARU II (1738-1781), REBELDE ANDINO.....	252
FÉLIX DE AZARA (1742-1821), PRECURSOR DE DARWIN	262
JOSÉ CELESTINO MUTIS (1732-1808), ORÁCULO DEL REINO DE NUEVA GRANADA.....	269
DIEGO DE ALVEAR (1749-1830) Y CARLOS MARÍA DE ALVEAR (1789-1852), PADRE E HIJO	276
EPÍLOGO	287
BIBLIOGRAFÍA	291
AGRADECIMIENTOS.....	299

PRÓLOGO

El viajero que se presentó ante el emperador Carlos V de Alemania tenía una gran historia que contar. Dijo llamarse Pedro Serrano y venía sin ropa, cubierto tan solo con una larga melena y una barba que le caía hasta los pies descalzos. La gente se apartaba a su paso por lo insólito de su aspecto, o porque el hombre no olía a agua de rosas. Se hizo un círculo a su alrededor y empezó a hablar.

Su barco había naufragado en el Caribe delante de un islote, apenas un arenal en medio de un mar poblado de tiburones. Él fue el único superviviente. Estuvo la primera noche tumbado en la playa llorando su desgracia. Pasaron las horas. Cuando pudo levantar la cabeza, sentía una sed que le quemaba la boca. Vio entonces una colonia de tortugas gigantes. No se dejó impresionar por el aspecto de aquellos monstruos y fue hasta uno de ellos. Con mucho esfuerzo lo levantó y, en cuanto el bicho asomó la cabeza del caparazón, con un cuchillo que llevaba en la cintura, lo degolló. Bebió de la sangre hasta saciarse. Vacío el caparazón de la carne del animal y lo dejó secarse al sol. Después comió. Con la concha vacía hizo un depósito para recoger el agua de lluvia. Así, alimentándose de cangrejos, moluscos y tortugas despistadas, sin ver una sola embarcación a lo lejos, se sucedieron los meses y los años. Los vestidos se le pudrieron y vivió desnudo, con el único abrigo de los pelos que le crecían por todo el cuerpo, que más parecía un jabalí que un ser humano.

Al cabo de tres años apareció otro naufrago en la isla. Cuando se vieron cara a cara, Serrano, que ya no estaba en sus cabales, pensó si no sería el mismo Satanás que venía para tentarle. El otro creyó lo mismo al ver a aquel espantajo peludo. Los dos huyeron dando gritos, y Serrano iba diciendo: «¡Jesús, Jesús, líbrame del demonio!». El visitante se paró al escucharlo. Volviendo atrás, le espetó que él era cristiano, y, para demostrarlo, empezó a recitar el Credo a voces. Serrano se detuvo también. Hasta ese momento, solo había podido hablarles a las tortugas, y no para decirles el Padrenuestro precisamente. Los dos se miraron unos segundos. Se abrazaron llorando. Se contaron sus propias desventuras. Y a partir de entonces el Robinson hispano ya no estuvo solo.

Siguieron así cuatro años más. Un navío pasó cerca de la isla. Los naufragos dieron en pegar alaridos y hacer señales de humo. Al ver que una lancha descendía del barco para recogerlos, entraron en el agua y se pusieron a vociferar el Credo, no fuera a ser que los marineros imaginasen que ellos eran demonios salidos del infierno. Cuando los subieron a cubierta, todos se admiraban de ver a aquellos sujetos salvajes sin pinta humana, salvo en las pocas palabras cristianas que podían balbucear.

Pusieron rumbo a España y, durante la travesía, el compañero murió. Su nombre nunca ha llegado hasta nosotros. Pedro Serrano no se cortó la pelambreira al arribar a tierra. En consecuencia, iba llamando la atención de todo el mundo por aquellas ciudades por donde pasaba. El emperador lo recompensó con cuatro mil pesos de renta. Con el dinero en el bolsillo, nuestro héroe se recortó los pelos hasta la cintura. Por las noches, para poder dormir tranquilo, se trenzaba los cabellos de modo que no se le enredaran en las sábanas. Se ve que no se adaptaba al Viejo Mundo, porque regresó a Panamá con idea de disfrutar de su fortuna. Poco después murió.

Este relato, digno del mejor Cervantes, lo cuenta uno de los mayores prosistas del Siglo de Oro, Garcilaso de la Vega, un hombre nacido en el Perú y conocido con el apodo de «el Inca» para distinguirlo del poeta toledano que inició el petrarquismo en España. Como su personaje, el Inca Garcilaso vivió entre dos mundos. Su padre era un conquistador de honorable linaje y su madre, una princesa inca. Nació mestizo, a partir de ese cruce, amoroso y traumático al mismo tiempo, con el que se fundó la América española. Al igual que Pedro Serrano,

realizó un viaje a España, pero no regresó. Se quedó en Andalucía, trajo al filósofo neoplatónico León Hebreo y escribió tres libros memorables sobre la historia de América. El Inca Garcilaso era un letrado que se interesó por el Nuevo Mundo y nos dejó un legado fascinante a través de sus escritos.

No se insiste lo suficiente en que una de las mayores aportaciones llevadas por los españoles a América fue la introducción de la escritura alfabética. Algo tan simple y eficaz como eso. Las culturas precolombinas más sofisticadas disponían de la escritura pictográfica, en el valle de México, o los quipus, en el mundo andino. Se trataba de sistemas fascinantes de anotación de ideas que merecieron el desprecio, pero también los elogios de los españoles más sensibles, como el jesuita José de Acosta. La interacción entre el código occidental de signos y la cultura visual americana dio lugar a obras geniales, como la de un protagonista de este libro, Felipe Guamán Poma de Ayala. Pero, a la larga, triunfó la escritura alfabética por su extraordinaria maleabilidad. Más allá de que las autoridades impusieran sus modelos culturales, las ventajas comunicativas cifradas en un alfabeto de veinticuatro signos intercambiables eran evidentes para todos, tanto si querían expresarse en español como en náhuatl, quechua, aymara o guaraní. El Inca Garcilaso lo supo bien y se integró al sistema occidental de escritura, no solo porque no tenía otra opción, sino porque se había convertido en su medio natural de expresarse.

«La revolución apacible de la escritura», como nombra bellamente Irene Vallejo a la introducción del alfabetismo en Occidente, no estuvo exenta de violencia en el Nuevo Mundo. Con la letra se rubricaron condenas, se justificaron abusos y se legitimaron corruptelas. Pero también se evocaron emociones, se denunciaron injusticias y se contaron historias maravillosas. En realidad, implicó una extraordinaria síntesis de información y conocimiento: en una hoja se podía resumir cualquier cosa. Los naturales de América, las élites indígenas en particular, se percataron del enorme poder que se podía capturar en una simple hoja de papel. Antonio Valeriano, un indio mexicano educado en el Colegio de San Juan de Tlatelolco, escribe una carta en elegante latín clásico a Felipe II en la que le expresa diversas peticiones y quejas. De esta forma no solo luce sus conocimientos occidentales

delante de todos, sino que demuestra también saber para qué sirve la escritura alfabética, cuán útil resulta. Es el medio indispensable con el que los súbditos letrados de la monarquía hispánica pueden dirigirse a una autoridad remota como el emperador y presentar sus propuestas de buen gobierno. A lo largo de los tres siglos de colonización hispánica, las comunidades amerindias procuraron utilizar todos los recursos legales a su alcance con el fin de defenderse de abusos o de sacar provecho de la ley. La escritura alfabética se erigió en la forma de representar lo que más les importaba. Una forma tan valiosa que permitía comunicarse con seres lejanos y poderosos. Por eso, aquel que la poseyera asumía un prestigio superior.

Pero volvamos al Inca Garcilaso, otro de los protagonistas, por cierto, de este libro. Hay cosas que no nos cuenta sobre su naufrago, tal vez porque las da por sabidas entre sus lectores. ¿Por qué regresó Pedro Serrano a las Indias? ¿Qué se le había perdido a ese hombre en aquellas tierras más allá de los mares, donde solo encontrara la desdicha? Es la pregunta que nos hacemos también con las biografías de los grandes exploradores y navegantes de la época. ¿No le había llegado a Juan Sebastián Elcano con las que ya había pasado, para volver a meterse en un segundo viaje alrededor del mundo? A Pedro Serrano no se le pasó por la cabeza invertir sus cuatro mil pesos en una finca en Toledo o comprarse una buena casa en el centro de Sevilla. Tampoco él podía vivir ya en el Viejo Mundo. Su paseo en figura de salvaje por los caminos de Europa le había demostrado que era un extraño en el medio que lo vio nacer. Era un español que ya no podía pensar en otro lugar donde vivir y morir que no fuesen las tierras de ultramar.

Este libro trata de las vidas reales de gentes que vivieron durante los trescientos años de existencia del imperio en la América española. Gentes como Pedro Serrano. Seres anónimos que dejaron de serlo cuando cruzaron el límite. La treintena de hombres y mujeres que aquí se presentan responde a una gran variedad de perfiles: mujeres colonizadoras, políticos decididos, campesinos devotos, eruditos del Nuevo Mundo, monjas escritoras, exploradores visionarios, rebeldes contra el sistema, esclavos, espías, artistas, militares, reformadores, misioneros, científicos. Cada uno representa una porción humana del inmenso contingente que pobló América en los inicios de una etapa de honda

transformación. Acometieron viajes y vivieron experiencias inconcebibles solo medio siglo antes. Unos fueron en busca de una fortuna que se les negaba en Europa. Otros se vieron forzados a viajar, como los esclavos secuestrados en África. Bastantes afrontaron los mayores peligros por su cuenta y riesgo, movidos por el sueño de erigir una renovada cristiandad. Muchos vieron cómo su mundo, el universo de creencias en el que habían habitado sus mayores, desaparecía. Todos asistieron a la construcción de una civilización, emanada del cruce de Europa con América. Desde nuestro punto de vista, acomodados en nuestra confortable mirada del siglo XXI, las vidas de estas personas son extraordinarias, algunas admirables y otras bastante menos. Sin embargo, no eran gentes de capacidades especiales, ni estaba en su ADN ninguna fuerza sobrenatural. Sencillamente tuvieron que adaptarse. La coyuntura en la que se movieron los volvió hábiles para vivir en un mundo en profunda transformación. Y, como Pedro Serrano, tanto fue su apego a aquellas tierras que se asentaron allí para siempre. Se fue amasando a lo largo de tres siglos una identidad que tomaba mucho de España, pero que iba separándose de ella poco a poco.

Nuestros personajes vivieron en un contexto de afirmación del poder hispano en América. Las conquistas más notables se realizaron en poco más de medio siglo desde la llegada de Colón. Para la segunda mitad del siglo XVI ya se habían derrumbado los dos imperios más importantes, el azteca y el inca. Los principales centros de poder, México y Perú, se estaban consolidando. Desde entonces transcurrieron dos siglos y medio con hechos que, curiosamente, no parecen interesar a quienes dicen denunciar los presuntos genocidios en América. La realidad de la América hispana no fue solo un atropello de robos y conquistas una tras otra. Imaginar aquello como un gran campo de concentración en el que unos barbudos acorazados se dedican a asesinar a hombres, mujeres y niños, mientras unos galeones se alejan cargados de oro, es una caricatura grotesca de la verdad. El mundo en el que se movieron los habitantes de la América española fue infinitamente más rico, interesante y complejo. Por eso mismo he prescindido del cuarteto clásico (Colón, Cortés, Francisco Pizarro, Bartolomé de las Casas) en torno al que giran las polémicas y diatribas sobre el descubrimiento y la conquista, para centrarme en otras vidas más revela-

doras del mundo cotidiano que, a lo largo de mucho tiempo, dio forma a la colonización española.

Este libro es un árbol de historias: las ramas se entrecruzan y se enredan unas con otras. Los personajes entran y salen, a veces se saludan y otras veces coinciden en sus trayectorias. A su modo es también una historia biográfica de la colonización española de América, porque se inicia en las primeras décadas del siglo XVI y concluye en los albores de una nueva nación independiente.

Pero creo que, sobre todo, se trata de un ejercicio de empatía con unos destinos que no son los nuestros, aunque podamos encontrar semejanzas entre ellos y nosotros. Leer las biografías de otros puede ser una «buena escuela de vida», como dice Anna Caballé¹, porque nos permite confrontar sus semblanzas con nuestra propia circunstancia vital. Leer, además, las peripecias de unos individuos ajenos a nuestro medio requiere un esfuerzo por comprender sus motivaciones y sus valores. La riqueza no está en condenar, sino en comprender. Hace falta meterse en la piel de aquellos individuos sin creernos superiores a ellos. En una época como la nuestra, tan entusiasmada con sus agendas de progreso y sus miradas acusadoras hacia el pasado, no viene mal interrogarse por la historia de los imperios sin caer en interpretaciones simplistas. La América española de los siglos XVI a XVIII fue la primera realización de una gran civilización multiétnica y globalizada. Internarse en las experiencias de ese mundo precursor del actual nos ayuda a escuchar y comprender mejor a quienes piensan y viven de forma distinta a la nuestra en el día de hoy. Las gentes de aquellos siglos nos cuentan sus vidas. Averiguar cuáles fueron sus impulsos, pasando por encima de las diferencias culturales, de las lagunas de información o de nuestros prejuicios insalvables, es una actividad necesaria. No para denigrar o idealizar a unos individuos más o menos famosos, sino para comprender por qué hemos llegado hasta aquí².

1 Caballé, p. 21.

2 Tengo múltiples deudas con colegas y amigos que me ayudaron con sus consejos y conversaciones: Pablo Pérez, Pilar Latasa, María Rosa Lojo, Andrés Eichmann, Juan Pablo Domínguez, Pablo Martínez Gramuglia, Miguel Donoso, Mauricio Sanders, Mamen Alejos, Mónica Montes Betancourt, Lía Valenzuela, Niall Binns. Otras personas actuaron como maestras a la distancia, en la memoria de sus libros o en el modo con que me enseñaron a acercarme a la realidad intelectual de

I. FUNDACIONES Y FRONTERAS (S. XVI)

Imaginemos que, por arte de magia, podemos acceder a través de Google Maps a una representación de América a finales del siglo XVI. Vamos a fijar una fecha aproximada: en torno a 1590, cuando las conquistas más sobresalientes ya han quedado atrás. Si queremos buscar las ciudades más pujantes, México o Lima, por ejemplo, las encontraremos en el mismo lugar que hoy, con un dibujo muy parecido. Veremos una red de calles perfectamente delineadas como si fueran un tablero de ajedrez. El efecto es sorprendente por su precisión. Cada manzana tiene las mismas dimensiones que la anterior y todas las calles parten de una plaza en forma de cuadrado regular. A lo mejor alguno pensará que los impetuosos conquistadores eran incapaces de planificar con un orden tan exacto. Lo cierto es que esa ciudad, como las del resto del continente dominado por la monarquía hispánica, estaba fundada sobre una única plantilla urbanística.

Hispanoamérica. Pienso, por ejemplo, en mi querido Fernando Aínsa, o en Rosalba Campa, a quien le robé la última frase con la que concluye el capítulo de sor Juana. En rigor les he robado a todos más cosas, porque he aprendido muchísimo de su modo de aproximarse a los textos. Las conversaciones con mis hijos Santiago y Nicolás, historiador y filósofo respectivamente, han sido una fuente constante de alegría, de estímulo y de orgullo. Por último, quiero dar profundamente las gracias a mi mujer, Marina, mi más aguda y resignada lectora.

Las ciudades virreinales se concebían para permanecer, no eran meras factorías de explotación de recursos. Por eso, antes de ser propiamente construidas, antes de que se erigiese un solo edificio, ya se estaban planificando sus medidas. Un orden riguroso las guiaba. El acto fundacional adquiría un carácter protocolario: el conquistador arrancaba un puñado de hierba, daba tres golpes de espada en el suelo y, finalmente, retaba a duelo a quien se opusiera a la fundación de la villa en ese lugar. A continuación, se celebraba una misa de acción de gracias o se entronizaba una imagen religiosa como protectora de la fundación. No se descuidaban los aspectos legales: un escribano redactaba un acta con los principales vecinos como testigos. Ahí se detallaba de todo, hasta los cargos que habían de administrar justicia. En el mundo virreinal la legislación estaba omnipresente, también para la fundación de ciudades. De la preocupación legalista salieron con el tiempo las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación* (1573), que venían a dar carta jurídica a lo que ya se estaba haciendo desde hacía décadas sobre el terreno. Estas disposiciones se extendían en cuantificar el número de pies de largo y ancho que debía tener cada manzana o cuadra, regular los lugares convenientes para los emplazamientos, señalar el número mínimo de vecinos, la ubicación de la plaza mayor y los edificios principales, etc. Todo se legitimaba mediante escrituras. El afán regulador, tan característico del reinado de Felipe II, propició la uniformidad de las trazas de las ciudades, desde San Agustín, en Florida, hasta Santa Fe, en el Río de la Plata. Tan prácticas resultaron estas medidas que las copiaron otras potencias europeas a la hora de fundar sus propios establecimientos. Basta comparar el plano de Nueva York con el de Lima, Buenos Aires o México. Todos comparten el mismo diseño geométrico.

Así pues, con precisa observancia de las ordenanzas establecidas, se planeaban las trazas de la plaza mayor con su cabildo o ayuntamiento, y su catedral en el medio: la plaza de armas o plaza mayor. Poder político y religioso plantaban sus construcciones en el centro. El centro real de la vida era la plaza mayor. Allí se congregaban los negocios y se confundían las castas. Hasta las ciudades llegaban funcionarios, mercaderes, soldados, sacerdotes, campesinos, artesanos. Un enorme aparato burocrático trabajaba en las dependencias imperiales: corre-

gidores, oidores, procuradores, protectores de indios, escribanos, mayordomos de iglesias, etc. Y, mezclándose con los poderosos y sus subordinados, una muchedumbre de africanos, indígenas y mestizos se paseaba por las calles. En las grandes urbes como México se montaban los puestos de comida, se comían manjares olorosos y picantes o se compraba trago de pulque a los vendedores ambulantes. Una ojeada a un mercado mexicano de 1630 podía depararnos un espectáculo global: ñames y cocos de África, vinos de España, mantones de Manila, porcelanas y sederías de la China, y, por supuesto, toda clase de mercaderías locales.

Volvamos a Google Maps. El damero de casas de la ciudad se va alargando hasta que se confunde con las huertas aledañas. Después todavía vemos algunas casas sueltas cerca de un camino por el que transitan algunas personas a caballo, en carro o a pie. Después, nada. O casi nada. Si, por ejemplo, tenemos puesto el cursor en Perú o Bolivia, y acercamos la imagen, nos encontraremos una caravana de llamas que está descendiendo de una montaña. Las conduce un grupo de indios con un capataz que lo mira todo desde el caballo. Mientras se bambolean los animales, observamos que transportan unas alforjas. De ellas sobresalen unas barras brillantes: es plata. Plata obtenida a costa de mucha sangre de las minas que están allá arriba.

El sistema político se gobernaba desde las ciudades, pero la economía dependía de lo que se producía fuera de ellas. La riqueza extractiva sostenía el imperio. Y junto con la producción minera, otras fuentes de riqueza completaban el tejido: la producción agropecuaria que se deriva de cualquier sociedad, por ejemplo. Nuestra caminata virtual fuera de la urbe también puede conducirnos a las haciendas de azúcar o cacao de Cuba o Ecuador, donde de nuevo encontramos núcleos humanos. En concreto, unos cientos de esclavos africanos cortan cañas bajo la aburrida mirada de unos pocos españoles. A unos kilómetros se encuentran los barracones, cerca de la casa principal y de una ermita.

Si seguimos curioseando en el buscador, es difícil que encontremos muchos poblamientos. Entre una y otra ciudad quedan los espacios inmensos. Los caminos suelen estar vacíos o se interrumpen de vez en cuando por una comitiva vigilada por hombres armados. A veces cruzamos un puente o nos topamos con una pequeña villa en la que habi-

tan solo los indios. Una iglesia modesta en el centro es la señal de que el cura es el único español autorizado para vivir con ellos. Y luego, más y más planicies o selvas no siempre controladas por el poder urbano. Las rutas se podían interrumpir por los salteadores, pero también por indios alzados o por negros cimarrones, esclavos huidos que formaban sus repúblicas aparte y vivían del bandidaje. Y si se iba por mar, merodeaban los piratas, abundantes en el Caribe y el Atlántico, bastante menos en el Pacífico.

Más allá de este paisaje está la periferia: las fronteras. Los ríos de Chile y Brasil, los desiertos de Texas o Nuevo México, las selvas amazónicas o yucatecas. Fortines y reductos protegidos por empalizadas donde no siempre se cumplían las leyes. Donde los colonos sobrevivían y los misioneros trataban de implantar la fe cristiana, no pocas veces en contra de las autoridades, más interesadas en ampliar ganancias a costa de los indígenas. O donde los propios evangelizadores podían acabar haciendo negocios para poder salir de allí y volver a las ciudades. A veces la presencia humana era casi imaginaria, como en los pasos helados del estrecho de Magallanes. Los castellanos que llegaron a América eran muy conscientes de que todas las fundaciones de un territorio se topaban con un límite. Cuando Hernán Cortés empieza a fundar pueblos, a alguno lo bautiza como Segura de la Frontera. Esa sensibilidad fronteriza viene heredada de la historia. En la Península la experiencia colectiva de la Reconquista ha impulsado poblaciones en los confines de los territorios cristianos a lo largo de siglos. Los nombres de tantas ciudades y pueblos de Andalucía o Castilla-La Mancha dan testimonio de ello. Lo mismo sucede en los tiempos pioneros de América.

Terminamos el recorrido metiéndonos a fondo en el sur de Brasil y Paraguay, regiones de pertenencia poco clara. El Tratado de Tordesillas entre Castilla y Portugal había dictaminado que esa parte del mundo debía adjudicarse a la primera, pero Google Maps nos informa de que allá, en medio de la selva vastísima, hay unos cuantos asentamientos portugueses. También es posible reconocer algunos claros entre la maleza con otro tipo de poblamientos: las misiones jesuíticas. El sueño humanista de fundar ciudades persiste. En medio de la espesura la Compañía de Jesús organiza una red de misiones. La mirada de Google Maps cubre el sur de Brasil, Paraguay y el Río de la Plata. Son las famo-

sas reducciones, un experimento utópico que atrae a cientos de miles de naturales a abandonar la vida nómada y asentarse en las pequeñas ciudades preparadas por los misioneros. Los jesuitas desarrollan un ambicioso proyecto con un trazado que nos resulta familiar: una cuadrícula de vías con casas de idéntico tamaño en la que, de vez en cuando, nuestra pantalla muestra colegios, hospitales y asilos. Hay una inexcusable plaza mayor presidida por una estatua de la Virgen. A un lado, un templo de gran vistosidad. Según las horas del día, los mayores se dirigen a los huertos a trabajar y los niños a la escuela. A última hora la plaza se llena para el rezo del rosario. Con el paso de los años una muralla y un foso circundarán la población para protegerse de los traficantes portugueses de esclavos.

La colonización se expandía sobre la base de dos principios contrapuestos: fundaciones y fronteras. Todo el siglo XVI es un tiempo de fundaciones de ciudades y de alargamiento de fronteras. Este doble movimiento, sístole y diástole de la colonización en el Nuevo Mundo, trae escenarios a los que los hombres y mujeres deben adaptarse o unirse mientras se van creando nuevas realidades al compás de los acontecimientos: la encomienda, la mita, las reducciones, las milicias indianas, el cimarronaje, la esclavitud, las crónicas, los arbitristas, el cuñadazgo, la venta de cargos, las misiones, la defensa de indios o el mestizaje. Nuevas palabras para nuevas materialidades.

Cada uno de los personajes de este capítulo vivió intensamente esta época de fundaciones y fronteras, vertiginoso tiempo de transformaciones. En menos de un siglo un territorio enorme había sufrido un vuelco sin precedentes en la historia. En él se movieron los destinos singulares de gente tan distinta entre sí como María de Estrada, Bernardino de Sahagún, Francisco de Toledo, Juan Diego Cuauhtlatoatzin, Pedro Sarmiento de Gamboa, Antonio Ruiz de Montoya, Bayamo o Felipe Guamán Poma de Ayala.

MARÍA DE ESTRADA (1486-1548) E INÉS SUÁREZ (1507-1580), CONQUISTADORAS Y ENCOMENDERAS

Todo empezó el 13 de agosto de 1521. Después de tres meses de terrible asedio, Tenochtitlán, la extraordinaria capital del Imperio azteca, la que fue una urbe surcada por islas, avenidas, piraguas, puentes, templos y palacios sobre el agua, «la más hermosa cosa del mundo», como escribió su conquistador, Hernán Cortés, había caído. Tras noventa días de griterío de los guerreros y del retumbar de tambores y cornetas, amaneció la ciudad envuelta en un silencio infinito. Tanta era la diferencia entre la anterior algarabía y la ausencia de ruidos de ahora, que a los españoles les pareció que se hubieran quedado todos sordos de repente. O eso es lo que escribió un testigo de excepción, el soldado Bernal Díaz del Castillo. Y en ese momento, una comitiva de notables salió de las ruinas de la capital para negociar la rendición. Había terminado la conquista de su mundo y comenzaba la fundación de una nueva ciudad: México.

Los españoles celebraron la victoria en el pueblo vecino de Coyoacán. Sacaron abundante carne y vino recién llegado de Cuba y, en medio de la borrachera, mientras estaban caminando encima de las mesas, a alguien se le ocurrió quitar los manteles para que salieran «a danzar las damas». Eso es lo que cuenta Bernal en una de las pocas citas que da el soldado cronista de la participación de las mujeres en la capitulación del reino mexica. Una de ellas, acaso la más destacada conquistadora de México, fue María de Estrada. Se había abierto paso a estocadas durante la Noche Triste y después se distinguió en la batalla de Otumba combatiendo a caballo. Peleó «con tanta furia y ánimo que excedía el ánimo y esfuerzo de cualquier varón por esforzado y animoso», resume con estilo chapucero el cronista Muñoz Camargo. Estaba casada con un soldado amigo de Cortés, Pedro Sánchez Farfán. Igual que su marido, no dudó en dejar en la estacada al archienemigo de Hernán Cortés, Pánfilo de Narváez, y pasarse al bando del futuro conquistador de México. Sus dotes militares estaban fuera de duda. Junto con Sánchez Farfán, aceptó el mando de la retaguardia durante el asedio final, un encargo mucho más importante de lo que pudiera parecer. Era necesario que alguien con mucho carisma se quedase atrás

para velar por el suministro de vituallas y que los indígenas aliados no se revolvieran contra los españoles. María era, por los pocos datos que nos han llegado, una mujer que había dado pruebas de valor y resistencia a toda clase de penalidades. Su barco naufragó en la costa de Cuba y los indígenas, que lo estaban viendo todo desde tierra, masacraron a los españoles que alcanzaron la costa a nado. El lugar se llamó Matanzas desde entonces. María sobrevivió por la intervención de un cacique que la mantuvo como esclava durante cinco años. Cuando la isla fue conquistada por los españoles, la rescataron. Se casó y embarcó para México. En el reparto del botín Hernán Cortés se acordó de ella y, como veremos enseguida, no le fue mal. Pero hablemos ahora de otra mujer excepcional.

Unos diez años más tarde, otra mujer cabalgaba por el desierto de Atacama. Iba detrás de su amante, el capitán Pedro de Valdivia, futuro conquistador de Chile. Era extremeña, natural de Plasencia. Se ganaba la vida como costurera y se había casado a los diecinueve años. Su marido la abandonó enseguida para irse a buscar fortuna a las Indias. Inés fue paciente: esperó diez años más arreglando telas hasta que, harta de no ver a su esposo, se embarcó a las Indias en su busca. En Perú se enteró de que había muerto en el transcurso de las guerras civiles entre los conquistadores. Sola y todavía joven, se instaló en Cuzco con el único oficio que conocía bien: remendar vestidos. Allí conoció a ese capitán prometedor que estaba alistando gente para buscar oro en otras tierras más al sur. Valdivia estaba casado, pero solo también: su mujer se había quedado en España. Después de pedir permiso a Francisco Pizarro, que se lo dio a cambio de registrar a Inés como criada, Valdivia la subió a su caballo. En medio de ciento sesenta hombres, ella, como única mujer, tuvo que hacerse respetar de muchos modos.

Avanzando por el desierto más árido del mundo, Inés destacó por su resistencia y su sagacidad. Cuando no podían más de sed, halló un pozo de agua subterráneo. Sus habilidades de zahorí la hicieron imprescindible para la tropa. Por fin llegaron a zonas más agradables y amenas, como el valle del Mapocho, donde Valdivia fundó el 12 de febrero de 1541 la futura capital de su territorio: Santiago de Chile. Pronto, sin embargo, fueron asediados por las tribus vecinas. Valdivia se vio forzado a salir de escaramuza de Santiago varias veces para per-

seguir a los nuevos enemigos. En la pequeña ciudad dejaba siempre de jefe a una persona de su máxima confianza: Inés.

Aprovechando una ausencia de Valdivia y de la mayoría de sus hombres, varios miles de indios auncaes atacaron Santiago. Inés hizo que se atrancaran las puertas y mandó resistir hasta el final. Después de unos días la situación era desesperada: los sitiadores lanzaban flechas incendiarias para quemar los tejados de paja de las casas y no se veía rastro de Valdivia a lo lejos. Entonces Inés ordenó matar a unos caciques que habían tomado prisioneros en el combate. El carcelero se negó a obedecer; estaba aterrado y solo pudo preguntar: «Señora, ¿de qué manera los tengo yo de matar?». «¡De esta manera!», respondió. Y, sacando la espada, les cortó la cabeza uno a uno. Luego, con las cabezas en las manos, fue corriendo a la empalizada en la que estaban combatiendo y mostró a gritos sus trofeos. «¡Afuera, auncaes! ¡Que ya os he muerto a vuestros señores y caciques!». Los indios, espantados, salieron huyendo.

EL PREMIO DE LAS ENCOMIENDAS

Los casos de María y de Inés reflejan las duras experiencias de los primeros colonizadores. Las mujeres, aun siendo mucho menos numerosas, debieron afrontar las mismas penalidades y peligros que los hombres. El hecho de creer que a ellas les correspondía un papel en el ámbito doméstico (como señoras de su casa o monjas en su convento) no quiere decir que la sociedad recién fundada se encerrase en el inmovilismo. No hay que limitarse a una visión rígida de nuestro pasado. En realidad, la América española dejaba un gran margen para la improvisación y la libertad, sobre todo en comparación con Europa. Desde que embarcaban en los galeones, ellas ya habían dejado la seguridad del hogar. Ya en tierra podían acompañar a sus hombres en las expediciones o, en casos más excepcionales, ir a la aventura por propia iniciativa. Aquellas mujeres aprendían a defenderse, suplían a sus hombres en las guardias nocturnas, curaban heridos, ensillaban caballos, arreglaban ropas, disponían las comidas, deseaban tener parte en los botines y buscaban hacer buenos matrimonios con otros conquistadores. Incluso, en casos muy excepcionales como los de María de

Estrada o Inés Suárez, formaban parte del reparto del poder tras la conquista. O lo que es lo mismo, aspiraban a una encomienda.

La encomienda fue una institución decisiva en el nuevo orden creado por los españoles en América. Las leyes de Burgos de 1512 promulgaron este sistema feudal de explotación de la tierra adaptado al nuevo medio. Se había empleado ya durante la Reconquista en la repoblación cristiana de territorios. Sin embargo, pese a sus buenas intenciones en apariencia, desde el comienzo la encomienda en las Indias fue objeto de polémica entre los religiosos y los conquistadores. De hecho, con las Leyes Nuevas de 1542, el emperador Carlos V trató de suprimirla, movido por la elocuencia de Bartolomé de las Casas, quien veía en la encomienda la causa de la muerte de tantísimos pueblos indígenas. No se pudo llevar a cabo, en buena medida por la sublevación de los encomenderos en el Perú, pero dejó trazado el plan de ruta para ir extinguiéndola poco a poco.

¿En qué consistía la encomienda y por qué produjo tanta polémica? Mediante esta institución, cada conquistador recibía un «premio» a sus servicios que consistía en unas tierras asociadas a una comunidad de naturales. El encomendero español debía construir casa para «sus» indios, protegerlos de amenazas externas, atender a sus necesidades materiales e instruirlos en la fe católica. A cambio, los indígenas encomendados estaban obligados a trabajar nueve meses al año en la hacienda de su señor español, o a pagarle algún tipo de tributo. Las leyes de Burgos se basaban en la creencia ideal de que el contacto entre colonizadores e indígenas era beneficioso para ambos. La realidad fue otra. Aunque los naturales no podían legalmente ser esclavizados y debían recibir un salario por su trabajo, lo cierto es que los abusos fueron muy frecuentes. Desde el punto de vista de los exconquistadores, la encomienda era el modo que tenían de sacar provecho de todo lo que habían aguantado. No se habían jugado la vida para nada. No habían cruzado el Atlántico para deslomarse cultivando nuevas tierras y persiguiendo a unos individuos para que fueran a la iglesia. Querían vivir como aristócratas: no trabajar y que otros trabajaran para ellos. Desde nuestro punto de vista, el problema está en que eso incluía aprovecharse de quienes les estaban sujetos. Tampoco esta actitud gustaba

nada a las órdenes religiosas. El frente de batalla entre encomenderos y misioneros estaba servido y duró mucho tiempo.

Inés y María se hicieron encomenderas al igual que sus compañeros de batallas. Tendrían dificultades con los religiosos a costa de sus encomiendas, como casi todos. Pero lo más interesante de su caso es que muestra cuán flexiblemente se aplicaban las leyes en las Indias. Es un hecho probado que, aunque los méritos por conquista solían recaer en varones, y algunos juristas de prestigio como Solórzano Pereira incluso negaban el derecho de las mujeres a recibir las jugosas encomiendas, unas cuantas administraron tierras, ya fuera por méritos de guerra o por herencia. Hubo mujeres pobres y ricas, como en los varones. Y entre las ricas lo normal es que fueran encomenderas, hacendadas, propietarias de minas o de obrajes, es decir, talleres textiles.

En la enumeración de las primeras encomiendas otorgadas en México y Chile, dentro de unas listas de nombres masculinos encontramos los de María de Estrada e Inés Suárez. A María le tocó la encomienda del pueblo de Tetela. Enviudó y volvió a casarse de nuevo, se supone que con otro hombre que la ayudaría en su tarea de cacica de las tierras que le habían otorgado. Como tantos españoles recién llegados, vivió en Puebla de los Ángeles, la gran ciudad rival de México, y allí terminó sus días.

El destino de Inés fue algo más complicado. Valdivia, agradecido por sus servicios, se saltó la ley (igual que hizo Cortés con María de Estrada) y le concedió a su amante una encomienda en Apoquindo y Melipilla, en los alrededores de Santiago. Sin embargo, como Valdivia estaba casado con otra mujer, las autoridades de Lima le obligaron a dejar a Inés, a quien se le castigó con volver a España. La única opción que le quedaba a ella, si no quería perder lo ganado, era casarse cuanto antes. Y lo hizo con uno de los capitanes que por allí andaban, Rodrigo Quiroga. No sabemos si fueron felices, pero el marido ocupó cargos importantes, ya que fue gobernador de Chile en dos ocasiones. Inés murió tranquilamente a los setenta y dos años, en 1580.

María de Estrada e Inés Suárez: conquistadoras y encomenderas. No se conocieron y, sin embargo, compartieron un mismo destino. Las vidas paralelas de estas dos mujeres descubren un escenario mucho más diverso y cambiante de lo que imaginaríamos en la América española. Esas mujeres intrépidas tuvieron la fortuna de sobrevivir a las primeras conquistas. No sabemos mucho de ellas por su propia voz, de su intimidad, de sus palabras, de lo que sentían o pensaban. Los testimonios que nos han llegado en las crónicas son comparativamente menores a las obras de sus compañeros varones. No dejaron escritos de su mano y nadie se preocupó de profundizar en sus personalidades, más allá de destacar que eran tan valientes que excedían a muchos hombres. Las menciones de los cronistas sobre Inés y María son pocas y fragmentarias. El radar letrado pasó sin inmutarse por encima de ellas.

Pero, por eso mismo, su empoderamiento, por decirlo pronto y mal, no va unido a la poscolonialidad actual. Ni tuvieron mayor compasión hacia los indígenas por el hecho de ser mujeres (ya vimos lo que hizo Inés Suárez), ni sufrieron una eficaz y permanente represión de sus derechos, entre otras cosas, porque hicieron lo que solo los varones más audaces (y sin escrúpulos) podían hacer en aquel entonces. Cuando le contaba a un conocido el caso de María de Estrada, mi interlocutor se entusiasmó tanto que me dijo: «Oye, ¿y no será que la mitad de los soldados que fueron con Cortés eran mujeres, y luego las invisibilizaron?». No hay que embalsarse ni tratar de que nos encajen las piezas en el discurso *mainstream*. Las mujeres guerreras en las Indias fueron una minoría como en casi todas las sociedades militares hasta el siglo XX. Lo que importa de los casos de María e Inés, como en tantas otras mujeres menos conocidas en la América española, es su capacidad para hacerse valer dentro de un sistema que, en principio, en Europa las restringía a unas pocas funciones en la sociedad. Sin embargo, aquello era el Nuevo Mundo. Todo estaba por hacer, la situación era distinta. Las leyes en las Indias eran muchas y no se puede decir que se rigieran por los valores que imperan en nuestro tiempo. Pero, sobre todo, no se cumplían al pie de la letra o se aplicaban de forma muy elástica, porque la realidad iba siempre por delante.

BERNARDINO DE SAHAGÚN (¿1499?-1590), PIONERO

En un día incierto de 1529, ocho años después de la destrucción de Tenochtitlán, pisaron la playa del puerto de Veracruz una treintena de religiosos franciscanos. El primero en desembarcar, con los pies descalzos para dar ejemplo, fue un hombre enjuto y algo mayor que los demás. Era Antonio de Ciudad Rodrigo, el líder, el que había convencido a sus compañeros de viajar a las Indias para acabar con la esclavitud de los indígenas y convertirlos a la fe cristiana³. Venía decidido a combatir a los encomenderos y a su protector, el presidente de la Real Audiencia, Nuño Beltrán de Guzmán, famoso por su crueldad. Conocía el paño porque ya había estado antes en México, había vuelto a la Península y ahora regresaba por segunda vez con refuerzos. Ya había discutido con los conquistadores y denunciado todo lo que tenía que denunciar en la corte. Con el beneplácito del Consejo de Indias, se había paseado por los conventos reclutando frailes para la empresa. Y aquí estaba de nuevo: con un grupo de entusiastas que pisaban suelo americano por primera vez. Fueron desembarcando toneladas de ropa y libros. Tardaron varias horas. No en vano se iban a quedar allá toda la vida.

Entre las voces de los cargadores y el fragor del oleaje en la orilla, uno de los frailes destacaba por sus modales y su educación. Por los testimonios que nos han llegado, Bernardino de Sahagún no llegaba a los treinta años y era un hombre guapo, inteligente y resuelto. Había estudiado en la Universidad de Salamanca y después se había ordenado como religioso franciscano. Su curiosidad intelectual llamaba la atención en medio de sus hermanos, muchos procedentes de familias analfabetas. Ya en el barco había empezado a preguntar por vocablos en náhuatl a los traductores indígenas que viajaban con la expedición franciscana. Después, en el viaje a tierra, a lomos de las mulas que los llevaban a todos hasta la Ciudad de México, fue admirándose de los enormes paisajes y de las gentes que se les acercaban en cada pueblo por donde pasaban. Los niños se les arrimaban a los pies de las cabalgaduras y les hablaban en aquella lengua, tan musical y extraña, repleta de sonidos y palabras hermosas y difíciles.

3 Recordemos que el debate legal sobre la esclavitud indígena se zanja de forma definitiva más tarde, con la promulgación de las Leyes Nuevas, en 1542.

Las palabras. Con ellas tuvo que volver a aprender cómo expresar el mundo. Pronto tuvo que memorizar cómo saludar y despedirse, pedir un favor y dar las gracias, bendecir los alimentos y alabar a Dios. Las disputas con el infame Nuño de Guzmán o las intrigas de Hernán Cortés se gritaban en español de Castilla, pero Sahagún, en medio de las trifulcas entre conquistadores y frailes, hablaba con los indígenas y aprendía de ellos.

Enseguida se hizo respetar como intérprete de náhuatl. Fue uno de los primeros europeos en expresarse perfectamente en un idioma americano. Se convirtió en un pionero, ya que a lo largo de la colonización española resultó fundamental la preservación de las lenguas vernáculas. Los evangelizadores, en lugar de imponer su idioma, buscaban expresarse en las lenguas colonizadas. Todo este proceso puede sorprendernos en una época en la que nos parece que las conquistas van acompañadas de las imposiciones lingüísticas. Pero en realidad resultaba muy lógico. Si se pretendía convertir a millones de personas, era más práctico y sencillo que unos pocos misioneros se adaptasen y aprendiesen la lengua de la mayoría. Los religiosos españoles, orgullosos herederos del latín y miembros de la ilustre familia de las lenguas romances, se empeñaron en asimilar unas gramáticas totalmente ajenas, elaboradas con sonidos y fórmulas casi imposibles para ellos. Y así ingresaron en una cultura asombrosa. Aprender un idioma es entrar en una comprensión distinta de las cosas. Muchos conceptos eran nuevos y, a la vez, ellos debían transmitir ideas inconcebibles para sus oyentes indígenas. ¿Cómo hablar de redención, avaricia, soberbia, eternidad, infinito o pecado a quienes jamás habían oído hablar de estos conceptos? Además, tuvieron que fijar los conocimientos para el futuro en uno de los mayores inventos que Occidente ha legado al mundo: la escritura alfabética. Había que escribir por primera vez una lengua que hasta entonces se había utilizado oralmente. La transcripción alfabética del náhuatl la llevaron a cabo los franciscanos como Bernardino, quienes publicaron ochenta de los ciento nueve títulos publicados en ese idioma entre 1524 y 1572⁴. La literatura náhuatl, en definitiva, surgió de la colaboración, mestiza podríamos decir, de los religiosos españoles y sus informantes americanos.

4 Brading, p. 137.

Bien pronto, en 1536, Bernardino de Sahagún se integró en el claustro de profesores del Colegio de San Juan de Tlatelolco, una espectacular iniciativa educativa dirigida a los hijos de la nobleza indígena. Allí no solo se aprendían las primeras letras, sino que se enseñaba latín, aritmética, astronomía, geometría, música, filosofía, teología, retórica y literatura clásica. Fundado antes que la propia Universidad de México, el colegio disponía de una biblioteca en la que se podían encontrar textos de Virgilio, Cicerón, Juvenal, Plutarco, Tito Livio, Séneca, Salustio o Flavio Josefo. En otras palabras, se trataba de una enseñanza para las futuras élites mexicas que habían de colaborar en el gobierno del virreinato. Se esperaba, además, que los más aventajados se integrasen en el clero indígena (una posibilidad que no salió adelante) o que formasen cuadros dirigentes. Los estudiantes aprendían con tanto aprovechamiento que causaba admiración e incluso envidia en algunos españoles. «La doctrina [cristiana] bueno fue que lo sepan, pero el leer y escribir es dañoso como el diablo», escribió un inquieto visitante del colegio, Jerónimo López, al emperador Carlos V. No opinaban igual los franciscanos, y mucho menos Sahagún, para quien era «ciertísimo que estas gentes son nuestros hermanos, procedentes del tronco de Adán como nosotros, son nuestros prójimos, a quienes tenemos la obligación de amar como a nosotros mismos». Hubo algún egresado tan brillante como un tal Pablo Nazareo, quien citaba versos del *Ars amandi* de Ovidio en una extensa carta a Felipe II redactada enteramente en latín. Lo mismo se podía decir de Antonio Valeriano, estrecho colaborador de Bernardino y alcalde de indios en México, quien hablaba latín «con tanta elegancia y pertinencia que parecía Cicerón o Quintiliano»⁵. En la Nueva España del siglo XVI, si uno era cristiano y pertenecía a las élites indígenas, tenía muchas papeletas para exhibir su cultura humanista. Hablar latín, en ese contexto, era una excelente carta de presentación, un medio de ascender a las cotas más altas del nuevo orden. Por eso los descendientes de las grandes familias amerindias estaban tan interesados en aprenderlo.

A Sahagún, en cambio, le interesaba otra cosa. Le interesaba de dónde venían esos discípulos suyos tan aventajados con los que hablaba en latín por los pasillos. Le interesaba cuál era el fondo de su pensa-

5 Gruzinski, p. 163.

miento, qué habían mamado en sus hogares de niños, qué les habían enseñado sus padres mexicas. Quería conocer a fondo la cultura del Nuevo Mundo.

En 1546 se presentó la primera oportunidad. Una gran *cocoliztli*, o sea, una epidemia de peste, azotó Nueva España. Hablando con algunos ancianos en el colegio, les preguntó qué hacían ellos en ocasiones tan terribles como aquella. Uno de ellos recitó una larga oración al dios Tezcatlipoca. Sahagún copió atentamente lo que escuchaba, que no era otra cosa que un *huehuehlahtolli*, un testimonio de la antigua civilización. Unos diez años más tarde, se trasladó con sus antiguos alumnos al pueblo de Tepeapulco, donde se acababa de fundar un convento franciscano. Allí reunió a los sabios del lugar y les habló en náhuatl. Tenía muchas preguntas que hacerles, y las llevaba apuntadas y ordenadas en un cuestionario. Los indígenas volvieron al día siguiente con una lista de los doce ancianos más reputados de la comunidad: aceptaban informarle mediante sus propios códices de pinturas, en donde se describían las historias del pueblo, sus costumbres y sus fiestas religiosas. A lo largo de dos años Sahagún y sus discípulos transcribieron en náhuatl todo lo que iban escuchando. Además, unos pintores indígenas (*tlacuillos*) copiaban las imágenes que mostraban sus compatriotas (fig. 1).



Fig. 1. Ilustración de *Historia de las cosas de Nueva España*, Códice Florentino.